

de sus «Conversaciones Pedagógicas» llama: «Inhibición por sustitución», e invoca a este propósito la observación profunda de Spinoza de que todo lo que un hombre puede evitar pensando que es malo, podría evitarlo igualmente pensando que otra cosa es buena. Con el autor de *La Etica*, llama esclavo a aquel que se preocupa sobre todo por evitar el mal y llama hombre libre al que obra impelido por la idea del bien.

Todo el método está allí, y para tomarlo de menor altura que los filósofos, es el mismo que recomiendan las más experimentadas de nuestras educadoras de hoy, cuando se les pregunta cómo se puede mantener el orden en una clase numerosa de niños muy pequeños, al limitarse a contestar: «Ocupémosles y habremos resuelto el problema»<sup>1</sup> o bien: «El niño no debe estar sometido a una disciplina que lo volvería pasivo, que sería la negación de su naturaleza, la cual es actividad, agitación y movimiento... No deis la impresión de que la escuela es el silencio obligatorio y perpetuo, el lugar de la inmovilidad; que moverse allí es un crimen, que hablar allí es un pecado».<sup>2</sup>

No es suficiente que los niños ejecuten algo. Deben, en la mayoría de las ocasiones ejecutar impulsados por ellos mismos, y la maestra les debe dejar lo más que se pueda de libertad, de independencia, de espontaneidad, siempre lista sin duda a ayudarles con sus consejos, si le preguntan o si es indispensable, pero nunca tan satisfecha como cuando ensayan de conseguir lo que desean sin su ayuda. Esto es muy sencillo de decir, pero no de realizar, y el número de educadoras bastante desligadas de ellas mismas para desear, para hacer que sus discípulos aprendan a pasarse sin su ayuda, no es todavía grande.

De Montaigne a Fenelón, a Rou-

<sup>1</sup> Mme Kergomard: *La Educación maternal en la escuela*.

<sup>2</sup> Mme. Jeanne Gerard: *La Educación de los primeros años de la Infancia*.

seau, a Pestalozzi, a Froebel, a Spencer, la pedagogía moderna avanza en este sentido, pero con una lentitud extrema y de los diversos servicios que le ha prestado la eminente autora de *Case dei Bambini*, el más apreciable quizá es el de haber activado este movimiento. Ella no merece felizmente el elogio intempestivo que algunos le han prodigado, de suprimir todo principio de autoridad, de abandonar siempre los niños a sus propias fuerzas. Pero ella mide, limita a la necesidad real que tienen, según las circunstancias y su naturaleza individual, la ayuda que les es acordada, la intervención del maestro o de la maestra. Menos profundo que los escritos de los grandes pedagogos del siglo XIX o de contemporáneos como Foerster y Dewey, su libro es más elocuente y goza en este momento de más boga; llama más la atención sobre la «disciplina de la libertad» opuesta al viejo método en donde el ideal era permanecer «inmóvil como un parálítico y silencioso como un muerto»; muestra que la independencia no consiste en no tener a nadie por encima de sí, sino en poder pasarse sin la ayuda ajena: el manco que no puede, falto de un brazo, desatar su calzado, y el príncipe que por un prejuicio social no puede hacerlo tampoco, le parece que militan bajo la misma bandera: «No quiero ser servido porque no soy un enfermo, tal es la idea que se necesita para sentirse libre».<sup>1</sup>

En la escuela modelo de la Vía Giusti en Roma, no sólo los pequeños de cinco y seis años, sino los de cuatro y la mayor parte de los de tres, se les deja a ellos mismos el cuidado de su toilette; solos se visten, se desvisten, se lavan las manos, se quitan y se ponen sus sombreros y sus sobretodos, se calzan y se descalzan y si una ayuda es necesaria, la reciben de un camarada y no de la maestra. En la comida del medio día que hacen en común, son ellos los que colocan el servicio, tienden las carpetas, ponen

<sup>1</sup> *Les case dei Bambini*.